

remonias con un tono de almibar, pero socarron, me notificó la contribucion de aquella desgraciada silla, diciéndome: que como amigo, y compañero del señor Don Hipolito, me habia tenido presente para que á la par con el Señor Don Anselmo (Caballero que ocupaba la derecha de la supuesta Archiduquesa) tubiesemos la honra de obsequiarla. Le hize un profundo acatamiento por la particularisima fineza, y empecé la maniobra. Lo que trabajaba mi espíritu en este lance es muy superior á mi explicacion. En cumplimiento de mi encargo, de comisario del oido izquierdo, principié á fatigar á mi serenissima encomendada con iguales cosas que las que veia executar por el del derecho: aquel, le exploraba su gusto sobre los macarrones, yo le instaba, á que aceptase una otra sopa, á quien doscientos despojos de aves la dejaban sin titulo. El poco apetito de aquella dama nos escusó á ambos el trabajo; y yo no tuve poco para embutir en mi estomago (por evitarle la acusacion de que lo burlaba) una decente dotacion de la que ví mas proxima: socorrido asi, y considerando renobada mi obligacion por los modernos platos con que se remplazaban las sopas, reiteré los esfuerzos á mi menor, pero ya me habia ganado de mano el comandante de la ala derecha, y depositado en el plato de la Ninfa, una escasa porcion de la pechuga de una ave de la que arengó largamente sobre su naturaleza, qualidades, y facil digestion: aun de aquella corta dosis renunció una tercera parte mi delicadissima, y melindrosissima señora, lo que me embarazó la osadía que ya iba á verificar, de hacerla posehedora de una media perdiz, que habia trinchado con bastante pena, y lisonjeaba mi olfato. Decidí por inagotable la repostería de aquella Fonda, segun cada momento sucedian platos en la mesa. De todos hacia yo el mas vivo, y generoso ofre-

ofre-